

## EUROPA ANTE SU PROPIO DESTINO

Europa es un concepto equívoco. Algunas geografías suelen incluir a Rusia. Pero Rusia es de por sí misma una continentalidad aparte en los tres órdenes de la geopolítica, la geoeconomía y la geoestrategia. Hay que tener en cuenta que Rusia ha nacido del cruce de tres influjos y culturas: la euro-germánica y escandinavo-finlandesa, la bizantina y la autóctona y tradicional de los propios pueblos indígenas que la han ido integrando desde Ucrania a Siberia. De ahí que por imperativo de su estructura étnica, por imperativo geográfico, por exigencias internas de la evolutiva cohesión de sus pueblos, Rusia sea un mundo paralelo al europeo y al chino e intermedio entre ambos. Rusia ha sido y sigue siendo una heterogeneidad que paulatinamente se viene unificando por sucesivas integraciones desde el siglo xvi para acá. Ese proceso de integración no ha terminado todavía y sería aventurado predecir que indefectiblemente culminará su propósito. Lo más probable es la respuesta afirmativa, pero en toda probabilidad hay su coeficiente negativo.

Caso distinto es el de Europa. En el medievo llegó a ser, con el Imperio y el Papado, una comunidad de cultura, de religión y de ideales. Pero en el siglo xv empezó a desintegrarse por las pugnas feudales, de un lado, y por los nacionalismos nacientes, de otro lado. La crisis del Imperio y de la autoridad pontificia, como vio muy bien Ludovico Pastor<sup>1</sup> y como demostró Hui-zinga<sup>2</sup>, trajeron la desintegración de la comunidad europea, resultado de una pérdida de la autoridad común, tanto en el orden temporal como en el orden espiritual. Lutero, con su rebelión y su protesta, no hizo más que sacar las consecuencias de un silogismo histórico<sup>3</sup>. La Europa moderna podríamos decir

---

<sup>1</sup> LUDOVICO PASTOR, *Historia de los Papas*, Editorial Gustavo Gil, Barcelona.

<sup>2</sup> HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media*, Editorial Revista de Occidente, Madrid.

<sup>3</sup> GARCÍA VILLOSLADA, *Las raíces históricas del luteranismo*, BAC, Madrid.

que ha sido la historia de una serie de luchas y guerras fratricidas. Lo atisbó, ya en su origen, nuestro Luis Vives<sup>4</sup> y lo confirmó, un siglo más tarde, el agudo sentido diplomático de nuestro Saavedra Fajardo<sup>5</sup>.

*Hacia la Europa del año 2.000.*

Pero Europa, que nunca ha dejado de tener en el rescoldo de su conciencia el calor vital de su unidad de destino, siente ahora la necesidad de reintegrarse a su propio ser. Naturalmente, esta irrefrenable tendencia del europeo de hoy a reanudar vínculos sueltos o rotos, no puede consistir solamente en una repetición (imposible de todo punto) de la Europa medieval. Por fuerza ha de ser la Europa del año 2000, hacia la que caminamos; una Europa orgánicamente constituida, con diferenciación de miembros y de tejidos. Seamos realistas. Europa es hoy solamente una idea y un anhelo. No es una estructura. No lo son siquiera las varias «mini-Europas» comprometidas por pactos colectivos: la Europa de los «Seis», articulada por el tratado de Roma en 1957; la Europa de los «Siete», débilmente fajada por el tratado de Estocolmo de 1959, como réplica a la primera; la Europa del Este, que se concreta en el tratado del COMECON (Consejo de Mutua asistencia Económica entre los países satelizados a Rusia y sellados políticamente por el comunismo). Recordemos de pasada que este tratado del COMECON, signado en 1959, se basa en el tratado de Moscú de 1949 y es una fórmula para mantener en subordinación económica de Rusia a todos los países satélites. Ninguna de esas Europas constituye una estructura de funcionamiento automático. Es cierto que las fronteras internas de cada uno de esos bloques europeos se han debilitado, pero falta todavía la conciencia activa de unidad. Son economías interdependientes; pero todavía no son conformaciones políticas. Todavía una cierta dosis de nacionalismo y un rutinario concepto de soberanía son determinantes de la conducta colectiva de cada uno de los miembros signatarios de dichos pactos.

Se hace imperiosa, al llegar aquí, la alusión a varios casos que desde 1948 a nuestros días han puesto de relieve la pervivencia del espíritu nacionalista frente al espíritu de subordinación comunitaria. Primero fue la rebeldía yugoslava contra las pretensiones rusas de convertir a los países sa-

---

<sup>4</sup> LUIS VIVES, *Obras completas*, Ediciones Aguilar, Madrid.

<sup>5</sup> SAAVEDRA FAJARDO, *Obras completas*, Ediciones Aguilar, Madrid.

télites paulatinamente, por integración sucesiva, en una especie de repúblicas autónomas como lo son Ucrania, los Países Bálticos, etc., con relación al poder central de Moscú. Y la rebeldía yugoslava se salió con su propósito, gracias al apoyo que recibió de los Estados Unidos y de la Europa Occidental. El caso De Gaulle es bien reciente. Intentó, sin conseguirlo, crear el eje Francia-República Federal Alemana como centro cohesivo de las fuerzas políticas y económicas de la Europa Occidental y volvió a tender los viejos puentes diplomáticos que Francia había mantenido a lo largo del siglo con los países de la Europa Oriental, principalmente Polonia, Checoslovaquia y Rumania. La primacía de lo nacional sobre lo europeo era algo que estaba en lo más íntimo de la intención gaullista. Pero lo interesante no es eso, sino que el propósito de De Gaulle fallase precisamente por la resistencia que encontró, no sólo en los demás países de la Europa del Mercado Común, sino también dentro de la propia Francia. Síntoma indudable de que el prejuicio nacionalista había hecho quiebra ya en el país que más acérrimamente lo había mantenido durante siglos. La disidencia de Rumania y la fracasada disidencia de Checoslovaquia son también indicios manifiestos de que los países europeos del Este sienten la alienación que supone vivir determinados por el *imperium* del Kremlin. Para ser exactos en lo posible, lo que ha movido a checoslovacos y rumanos —y antes a los húngaros— a plantarse ante Moscú, no creo que sea propiamente una rigurosa conciencia nacionalista al estilo decimonónico, sino más bien la convicción de que forman sistemas geoeconómico y geopolítico aparte del sistema ruso. Las determinantes históricas, culturales y geográficas, que se han puesto de relieve en las disidencias de Rumania, de Hungría, de Checoslovaquia, de Yugoslavia, y que están latentes en Polonia, en la República Popular Alemana, en Bulgaria misma (a pesar de su eslavismo), obedecen a lo que podríamos llamar biología colectiva. Es algo misterioso sin duda, pero cualquier meditador de la problemática europea en estos momentos, a uno y otro lado del telón de acero, llega a la conclusión de que está fermentando un nuevo espíritu que busca la constitución de una nueva continentalidad por integración de las viejas nacionalidades que hoy resultan inoperantes o insuficientes para realizar con plena autonomía su destino. Precisamente la fuerza de la Europa previsible le viene de que es una idea y un anhelo que han calado ya en las generaciones más dinámicas de las viejas naciones europeas. Los jóvenes escandinavos piensan de modo muy similar en este punto a lo que piensan los jóvenes mediterráneos de Italia o de España. Diríase que Europa constituye hoy la preocupación

central de las minorías más selectas del pensamiento y de la acción en el ámbito geográfico de las antiguas naciones europeas.

*Las cuatro partes de la Europa futura.*

Más aún, el concepto y el anhelo de Europa son una categoría humana que por imperativo del desarrollo tecnológico de los pueblos ha de ir siendo participada sucesivamente por áreas concéntricas hasta incorporar a ella mentalidades hoy ajenas. Si en un principio la idea de una Pan-Europa surgió en mentes del ámbito danubiano con preferencia, hoy se han incorporado a ella las minorías de la que me atrevo a llamar Europa periférica, es decir, la Europa no comprometida por pactos o bloques. Esa Europa periférica la forman España, Portugal, Grecia, Turquía, Yugoslavia, Chipre y en el extremo oeste, Irlanda. Albania es un caso aparte por su incardinación a la ideología comunista difundida desde Pekín.

Hay, pues, cuatro Europas a la vista y en todas ellas late, de una manera más o menos expresa, el afán de integración. Pero esa integración nunca podrá ser uniformadora, porque entonces se borraría la personalidad cultural e histórica de cada uno de los países europeos. La Europa posible estará orgánicamente constituida y no mecánicamente. Esto quiere decir que la Europa del futuro será realidad, en la medida en que cada uno de sus miembros se considere integrado con su personalidad histórica y cultural. La organicidad política se define por la diferenciación que, dentro del sistema, tiene cada miembro anatómico y por la distinta funcionalidad que ejerza cada uno. La Comunidad Económica Europea, la Asociación de Libre Comercio, el Consejo de Mutua Asistencia Económica (de los países comunistas), así como la que acabo de llamar Europa periférica, forman las cuatro partes de la Europa futura. Y apurando más las consecuencias que cabe sacar del dinamismo de los actuales espacios geoeconómicos y geoestratégicos, esa Europa futura habrá de completarse con las dos Para-Europas, a saber, el Asia Menor (desde Turquía a Persia) y el Africa del Norte (de Suez al Atlántico).

Resulta verdaderamente chocante que no se haya llegado todavía a trazar los perfiles de un concepto unívoco de Europa. Habría que preguntarse si el concepto de Europa se halla ahora, como yo creo, en una fase de transformación profunda. En los diversos simposios celebrados acerca del problema, no se llegó nunca a una opinión concorde y unánime al respecto.

Incluso se ha preguntado si existe de verdad Europa. Y en el caso de que exista, ¿qué límites se le han de asignar?

Rusia es un orbe político *sui géneris*. Tiene autosuficiencia económica y tiene además base para una autosuficiencia política y estratégica. Su estructura histórica es —como arriba indiqué— muy compleja y difiere notablemente de la estructura histórica que cabe ver en el análisis de los componentes europeos. Hágase el lector la reflexión de lo que son y significan las cuatro Europas aludidas, analizando los cuadros sinópticos números 1, 2, 3 y 4; con la nota que los acompaña.

El General Beaufre<sup>6</sup> ha hablado de que existen tres Asias: la inmensa China, con su fórmula especial de realización del marxismo; el Asia soviética, que está siendo conformada desde Moscú; el Asia insular y peninsular (Japón, Filipinas, Formosa, Indonesia, la Unión India, Pakistán), inspirada, en diversa medida, por los modelos y las ideologías liberales o norteamericanas. Igualmente se ha dicho que existen tres Américas: la Anglosajona, al Norte del río Bravo, la que se extiende al Sur del río Bravo hasta el canal de Panamá y la que desde el canal de Panamá se cierra en el estrecho de Magallanes. No pretendo analizar la verdad o falsedad que exista en esta tricotomía americana ni en la tricotomía asiática. Posiblemente habría que hacer bastantes matizaciones. Pero los esquemas me sirven para confirmarme en la tesis que arriba expuse sobre la existencia de cuatro Europas y dos Para-Europas integrables en un futuro más o menos lejano.

#### *Las dos Para-Europas.*

Y cabe ahora preguntar si se puede englobar, atendida esta última extrapolación de lo europeo, lo que constituye la fuerza de convergencia hacia una continentalidad autosuficiente en lo económico y en lo político. Entiendo que, de cara al futuro, es preciso concebir una Europa de gran formato, que habrá de englobar las varias Europas que arriba aludí y las dos Para-Europas. Hemos de tener en cuenta que, si ahondamos en el tejido histórico de Europa o de las Europas, nos encontramos allí con fuerzas históricas y culturales que provienen del Asia Menor, cuna de las civilizaciones sumerio-babilónica, hitita, judía, aqueménido-persa, etc., que son raíces de las cul-

<sup>6</sup> BEAUFRE, *Les trois Asies* ("Le Figaro", 18-VI-1969).

turas helénica y romana y, por consiguiente, de nuestro propio patrimonio cultural europeo de hoy. Se justifica así considerar como Para-Europa al Asia Menor. En cuanto a la Para-Europa norteafricana, desde el canal de Suez al Atlántico, ¿cómo olvidar que es cuna de la civilización faraónica (de la que derivó la cretense) y que dio una de las más brillantes series de emperadores a Roma, después de haber sido sede del alejandrino cultural? ¿Cómo olvidar que esa Para-Europa norteafricana nutrió al mundo europeo de genios como San Agustín y que de uno u otro modo se ha relacionado, siglo tras siglo, chocando o conviviendo, lo mismo con la Europa clásica que con la Europa moderna? Hemos de tener en cuenta que, si las dos Para-Europas (la del Asia Menor y la de Norteafrica) han de desarrollarse a nivel cultural previsible para el siglo XXI, no tendrán más remedio que irse incorporando, en pie de igualdad, a la Europa propiamente dicha. De hecho, ya lo están haciendo, pues algunos de esos países Para-europeos se han asociado o tratan de asociarse a la mini-Europa del Mercado Común. De otra parte, la Europa industrializada recibe actualmente de la Para-Europa africana y de la Para-Europa asiática la fuente de energía (petróleo, gas natural) con que mueve sus fábricas, calienta sus viviendas, hace rodar sus automóviles, camiones y trenes. Y a cambio la Europa industrializada les devuelve a las dos Para-Europas la contrapartida de su tecnología, de sus bienes de equipo y de su capital financiero. Me parece oportuno, llegados a este punto, ofrecer en cuadros sinópticos lo que representan las dos Para-Europas, tanto por su estructura geopolítica como por su producción de petróleo. Véanse los cuadros sinópticos números 5, 6, 7 y 8. Basta contrastar, como índice revelador, lo que supone la producción de petróleo de las dos Para-Europas, en comparación con Rusia y con los Estados Unidos. En 1967, que es el año al que se refieren las cifras dadas en los cuadros sinópticos, Rusia produjo 288 millones de toneladas; la producción de los Estados Unidos fue de 434.664.000. Las cifras son significativas por ellas mismas.

Persas, medos, judíos, árabes, turcos, por un lado; egipcios, libios, nómadas, moros, etc., por otro, han sido pueblos de continua relación histórica, en impulso de causa-efecto recíprocos, con la Europa mediterránea y hasta con la Europa danubiana. La historia nos ofrece multitud de testimonios confirmativos. Pero yo quiero atenerme a la observación objetiva de la realidad. La confirmación geopolítica, geoeconómica y geoestratégica, en régimen de normalidad de tendencias, impera el entendimiento, la cooperación y hasta la integración futura en una Macro-Europa autárquica, unico modo

de poder culminar el desarrollo de cada parte a un mismo nivel. La economía, la industria, la tecnología y, como consecuencia, la cultura venidera de las dos Para-Europas se igualarán así con las de la Europa que se extiende del cabo Norte a Gibraltar y de la frontera occidental de Rusia a Irlanda.

Aunque Rusia forme continentalidad geopolítica y geoeconómica aparte, como arriba indiqué, no nos hemós de extrañar de que forzosamente sienta el doble tirón hacia Europa y hacia la Para-Europa que se despliega al Sur del mar Negro, del Cáucaso y del mar Caspio. Pero el doble tirón ruso puede y debe motivar entendimiento y relación; no tiene por qué motivar integración y menos aún dominio imperialista. Mientras Europa y las dos Para-Europas son orbes complementarios, según se ve por los mencionados cuadros sinópticos, Rusia es orbe autárquico por sí mismo, pues es dueña y poseedora de medios bastantes en toda clase de materias primas y en el dispositivo industrial básico para su desarrollo pleno.

#### *Rusia y la Europa satélite.*

El llamado «Libro Rojo», nueva carta del comunismo ortodoxo redactada en Moscú, como consecuencia del Congreso Pan-comunista del mes de junio último, demostró que existe lo que podríamos llamar el fenómeno de rechazo entre la Europa del Este y Rusia. Sólo la presencia militar y la amarga experiencia de lo que Rusia hizo con los húngaros en 1956 y con los checos en 1968 han podido doblegar la natural resistencia de la Europa satélite a integrarse dentro del ámbito ruso. De los 75 delegados de partidos comunistas que asistieron al Congreso de junio en Moscú, fueron varios los que se resistieron a poner su firma en el documento de la conferencia. La heterodoxia china ha logrado calar no sólo en los partidos comunistas de Asia y de América, sino también en los de África y Europa. Si bien es verdad que la maniobra de Moscú en el Congreso tendía, mediante la presentación de la amenaza heterodoxa china, a borrar el mal recuerdo de su invasión de Checoslovaquia, se vio en seguida que su propósito chocaba con múltiples recelos. El problema de la independencia nacional, la autonomía de cada partido comunista, las relaciones dentro de esos partidos, la manera más eficaz de establecer actualmente el comunismo en el mundo, fueron temas que surgieron una y otra vez a lo largo del Congreso. Sin estar presente allí, Tito actuaba como una fuerza que les decía a muchos delegados al oído las re-



flexiones que ellos hacían en voz alta. La vieja idea de Togliatti sobre el policentrismo comunista ha arraigado profundamente en los países satélites de la Europa oriental. Ha arraigado también en Cuba, cuya delegación se mantuvo al margen de los acuerdos tomados en Moscú. El «Libro Rojo», analizado en todos sus matices, revela la creciente pujanza del independentismo frente a Moscú. Y ese independentismo se da principalmente en los países de la Europa oriental. Hoy cabe afirmar, atendidos todos los síntomas de la situación en los países del Este europeo, que sólo por la ocupación militar que Rusia ejerce sobre ellos, los mantiene subordinados. Y aún así, el Congreso de Moscú adoptó el principio de la igualdad de todos los partidos comunistas, que es tanto como aceptar el policentrismo de Togliatti, aunque no se lo haya aludido porque es tema «tabú» en el Kremlin. Tengo para mí que a pesar de la aparente concordia que al final dio por resultado la firma del documento de Moscú por 66 delegaciones de las 75 que asistieron, los dirigentes del Kremlin se habrán percatado de que su imperialismo ideológico es relativo y que su dominio físico sobre las decisiones de los demás partidos comunistas llega únicamente hasta donde sus ejércitos ocupan territorios ajenos. No hay que pasar por alto que incluso las 66 delegaciones que firmaron el «Libro Rojo», algunas de ellas lo hicieron con expresión de bastantes reservas. Por ejemplo, la Delegación de Rumania.

#### *La Europa real y la Europa posible.*

Por ello, cuando nos referimos al destino de Europa, hay que distinguir lo que es hoy la Europa real y lo que podemos imaginar que será la Europa posible. Y desde luego, se plantea la cuestión de referirse también al destino de las Para-Europas. Uno y otro destino creo que han de ser interdependientes con vistas al siglo XXI. Aún con todo el margen de error que hay que admitir en el cálculo de probabilidades, no creo que en la continentalidad de la Europa del futuro o macro-Europa (que englobaría las cuatro Europas citadas y las dos Para-Europas) pueda dársele cabida a la continentalidad rusa. Esta quedará probablemente como un orbe geopolítico aparte entre la macro-Europa y el Asia más fuerte, que será la China. Surge la sospecha de si Rusia englobará dentro de su ámbito futuro a países como Afganistán, lo mismo que ha englobado ya a Mongolia. Ciertos indicios nos llevan a admitir la hipótesis. El estrechamiento de vínculos entre Rusia y



Afganistán es patente en los últimos años. Esta tendencia se observa también respecto a las relaciones de Rusia con Pakistán. No son ningún secreto las intenciones rusas respecto del Oriente Medio o Asia Menor, empezando por la intensificación de tratos de toda índole con Persia. Son de sobra conocidas las intrigas rusas en el conflicto de Palestina, donde actúa de una manera abierta a favor de las tesis árabes. Ya se sabe que la diplomacia rusa ha sido siempre poco escrupulosa. Desde antiguo (pensemos en los zares del siglo xix), la política de Moscú vio como presa posible el ámbito del Asia Menor desde el mar Negro y mar Caspio hasta el mar Rojo y golfo Pérsico. Puede calcularse que el régimen comunista siente como propia, en este respecto, la herencia de la diplomacia zarista. Y por eso el conflicto del Oriente Medio es ya hoy, aunque no lo vean muchos comentaristas en nuestro país y en otros países, la lucha entablada entre la que yo llamo macro-Europa y la que busca ser macro-Rusia. La que he llamado Para-Europa del Asia Menor es el campo o palenque en que se ha empezado a librar la batalla política que para su respectiva estructuración futura llevarán a cabo la macro-Europa y la macro-Rusia.

*La pugna rusa en torno a las Para-Europas.*

En esta lucha ya entablada, lleva de momento ventaja Rusia, en virtud de que actúa como un bloque, mientras Europa diplomáticamente lo hace todavía dividida en naciones o pequeños bloques. Así vemos que la Europa del Este, salvo Rumania, se ha solidarizado con Moscú a favor de los árabes. Verdad que esta conducta es de los Gobiernos y no de los pueblos de la Europa oriental, pero en la práctica el resultado es el mismo que si tal política fuera apoyada por esos pueblos. Los países europeos necesitan percatarse de que, si no actúan como un bloque diplomático en los problemas del Asia Menor, empezando por el conflicto de Palestina, podrán perder la oportunidad de que Europa llegue hasta el golfo Pérsico en el siglo xxi. Y desde luego, eso mermaría gravemente las posibilidades europeas, porque quedaría desgajada de la continentalidad previsible la Para-Europa mediorienta. No sólo eso, sino que la industria europea se vería condicionada sustancialmente en su desarrollo, al faltarle una parte importante del petróleo y del gas natural que hoy importa del Asia Menor o península Arábiga. Hemos de tener en cuenta que las dos Para-Europas, la asiática y la norteafricana, son y

seguirán siendo la fuente principal de la energía que ha de impulsar el desarrollo pan-europeo. Alguien dirá que para el siglo XXI la energía atómica habrá desplazado a la energía que sacamos hoy de los hidrocarburos. No discutiré la tesis. Simplemente me limitaré a decir que me parece todavía aventurada y que, en todo caso, los hidrocarburos seguirán siendo una materia prima básica para la producción industrial, como ya lo son hoy día, aparte de su naturaleza energética.

Por imperativo geopolítico, Rusia habrá de constituir en el siglo XXI la gran muralla frente a la inundación posible de los pueblos asiáticos impulsados por la política de Pekín. Mi modesto criterio es que la función histórica de Rusia no ha hecho más que empezar. Me atrevería a decir más: no sólo la función histórica de Rusia, sino su propia entidad político-cultural está en período constituyente. Me parece ver en ciertos síntomas de la rebeldía intelectual de las jóvenes generaciones rusas (nacidas y criadas bajo el despotismo comunista) el germen de una Rusia futura más o menos estrechamente coálgada, por un principio elemental de conservación y supervivencia, con la macro-Europa previsible. La intelectualidad rusa está ahora iniciando un movimiento paralelo al que realizó la segunda mitad del siglo XIX. La transformación ideológica y política que supone la rebelión intelectual de las minorías rusas (recordemos los grandes nombres de Tolstoi, Koropatkin, Solovief, Dostoyewsky, etc.) dio el traste con el despotismo de los zares. ¿Por qué no pensar que la rebelión actual de los intelectuales rusos (los Daniel, los Giztburg, los Litvinov, etc.), aunque esté sofocada por los mismos procedimientos policíacos que lo fue la del siglo XIX, surtirá efectos similares, al cabo de unos decenios?

*Un factor de integración: la juventud.*

Las ideas terminan siempre o casi siempre cuajando en realidades. Es evidente que estamos hoy en un período de reflexión respecto a lo que cabe imaginar que será, a la altura del año dos mil y pico, la macro-Europa. Hay como una especie de contagio ideológico que se va filtrando a través de los telones de acero y de las viejas fronteras nacionales. Posiblemente existe una mayor similitud de pensamiento entre un estudiante de Oxford o París y otro de Bucarest o Moscú de lo que una mentalidad burguesa a la antigua usanza pudiera creer. La comprensión entre los estudiantes y los intelectua-

les jóvenes de las distintas Europas y Para-Europas ha iniciado su camino. Y creo que nadie podrá parar la convergencia de esos movimientos intelectuales en busca de la *tercera solución*. Esa tercera solución probablemente distará mucho, en su día, de los esquemas espirituales y morales que hoy conforman, de un lado, a la conciencia burguesa y, de otro lado, a la conciencia comunista. Los estereotipos religiosos, éticos, estéticos, etc., de las Europas, de Rusia y de las Para-Europas están entrando en una etapa de maleabilidad. Naturalmente prescindo de los estereotipos rígidos o caparazones que son propios de las generaciones maduras o en fase de decrepitud. Creo que lo que cuentan son los posibles estereotipos de conducta y de pensamiento que se están formando en los hombres europeos, rusos y para-europeos, de cuarenta años para abajo. Obvio es decir que en esta fase de afloración de nuevos estereotipos pueden entrar, y de hecho entran, los hombres selectos de todas las edades. El tener *sentido político* no es en última instancia sino tener la flexibilidad necesaria para captar los alisios del espíritu y adaptarse a las nuevas realidades que emergen del horizonte social.

*El factor cohesivo de los medios de masas.*

Por ello entiendo que, cuando pensamos en Europa debemos connotar también el *ámbito de posibilidad* de desarrollo que a esa Europa se le abre. Es cierto que en la Europa del Este y en la misma Rusia las mentes más alertadas y de antemano más sensible para percibir el futuro se encuentran en una situación de aislamiento. No obstante, los medios de comunicación social ejercen ya hoy y ejercerán con mucha más fuerza dentro de unos años un efecto vinculante. Y a través de ese efecto vinculante los medios de comunicación de masas (preferentemente a través de la imagen) actuarán como catalizadores de un movimiento de sincronización histórica, cultural, política, socio-económica. Más aún, los medios de comunicación de masas, por su misma naturaleza, son aceleradores de la historia e impulsan las fuerzas latentes en las distintas sociedades que de uno u otro modo han de relacionarse más intensamente dentro de un ámbito geo-político. El nivel de comprensibilidad y de mutua aceptación para los pueblos europeos, para el pueblo ruso y para los pueblos para-europeos ha de ir subiendo a impulsos de la comunicación social que irá lanzando sobre ellos, día a día y hora a hora, mensajes ideológicos, estéticos, morales, políticos en el más amplio

sentido de la palabra. Hemos de pensar que estamos ya en la era de las comunicaciones a través de los satélites situados en el espacio. Las distintas potencias informativas tendrán en esos satélites espaciales los instrumentos idóneos para bombardearse recíprocamente y contagiarse el respectivo mensaje. No habrá barreras de acceso ni para la imagen ni para la palabra lanzadas desde el espacio exterior. Y esto creará por fuerza una comunidad de sentimiento, de conducta, de valoración de las realidades. Claro que esta comunidad no será uniforme, porque el hombre no es sólo una piedra en que rebote el mensaje, sino que se parece a las tierras fecundas que reciben las semillas y las transforman según su respectiva feracidad.

Aunque los sociólogos a veces han caído en el pesimismo de maldecir de los medios de comunicación de masas, atribuyéndoles, sin más, un efecto despersonalizante, las experiencias últimas que han analizado los efectos del mensaje en los distintos sectores sociales, nos ponen de manifiesto que cada individuo y cada grupo y cada sociedad reelaboran, según sus propias necesidades e impulsos vitales, el mensaje recibido. No hay por qué temer a la masificación de la sociedad futura. El mensaje transmitido por los medios de comunicación colectiva opera en subordinación a las fuerzas de réplica que suscita en cada receptor. Por otra parte, la conciencia del hombre individual, la conciencia del grupo (dirigida y potenciadas por el «legitimador» o líder) y la conciencia de la sociedad nacional e internacional tienen por sí mismas un carácter metabolizante. La selectividad del mensaje es la fuerza determinante de toda conciencia humana (tanto en el ámbito individual como en el ámbito social).

### *La conciencia de la Europa comunista.*

¿Existe conciencia nacional en la Europa comunista? Me parece oportuno establecer un principio previo: la conciencia nacional está en relación directa con el grado de independencia o de dependencia que el país tenga respecto de otros. País presionado o dominado (pensemos en los países satelizados a Rusia) es un país en el que la conciencia nacional opera como reactivo y catalizador contra las acciones externas. Por eso hemos visto que en los últimos años, mientras en la Europa libre se llegó al extremo vituperable de quemar, rasgar y aún pisotear la bandera nacional, en la Europa oriental ha sido precisamente la bandera nacional el símbolo sagrado de la

libertad en torno al cual los jóvenes rebeldes se solidarizaban contra el imperialismo que los sometía. En Hungría como en Checoslovaquia, el fenómeno adquirió caracteres de heroísmo. Y estoy seguro de que en las futuras rebeliones previsibles se repetirá el mismo fenómeno. Por otra parte, cuando un sistema político cualquiera se ve obligado a adoptar habitualmente el régimen de excepción, cabe predecir, sin temor a equivocarse, que ese sistema se halla en período de periclitación. Lo cual no quiere decir que el sistema se vaya a venir abajo desplomándose como un edificio cuarteado. No siempre ha sucedido eso en la Historia ni tiene por qué suceder ahora o en el inmediato mañana. Pero si el régimen ha de heredarse a sí mismo, no tendrá más remedio que incorporar el espíritu y la letra de los manifiestos en que las promociones de la rebeldía sintetizan sus anhelos. Las fuerzas del ejército no bastan ya para contener el impulso de liberación nacional que mueve a los europeos del Este. La libertad ha sido y seguirá siendo siempre el motor de la Historia. Ahora bien, la libertad connota un cauce o norma por el que fluir. La mera protesta no es otra cosa que indicio de desajuste social, pero no da contestación a los problemas. La contestación la da la norma adecuada para que en ella encajen las nuevas necesidades, los nuevos ideales, los nuevos imperativos de la conducta social. Y la norma sólo merece el nombre de tal, cuando materializa la justicia posible en cada momento histórico. Por eso, las normas requieren estar dotadas de la suficiente flexibilidad para una interpretación evolutiva. Las normas humanas con pretensión de invariabilidad adolecen de la soberbia de querer erigirse en principios metafísicos del orden moral o jurídico. Las constituciones rígidas son siempre las menos respetadas y las que, en última instancia, duran menos. Y constituciones rígidas son, por su dogmatismo cerrado, las que ahorman a los pueblos del Este y a la propia Rusia. Las que ahorman también a los pueblos norteafricanos y del Asia Menor (admito excepciones). Y esa rigidez les limita el futuro.

Por otro lado, no hay conciencia nacional posible, ni en la Europa comunista, ni en ningún otro ámbito político, si a la vez no existe un concepto finalístico de la meta a que el sistema constitucional lleva a esos pueblos. Y precisamente las constituciones de la Europa oriental y de Rusia ofrecen por meta final un ideal vago que la experiencia histórica y el propio análisis de las realidades previsibles configuran como irrealizable. Lo mismo que hay distintos lenguajes, hay también distintos modos de concebir y realizar la vida, aun dentro de un ámbito abarcador de distintas comunidades naciona

les. La utopía de un sistema sin autoridad y sin clases, es decir sin jerarquía y sin un orden de valores, quiebra por su base. El igualitarismo abstracto nunca se ha realizado ni se podrá realizar en la Historia: Es, a lo más, un «desideratum» que tiene la función de excitar la capacidad impulsora y creadora que el hombre lleva dormida en su conciencia. La realización del absoluto no es posible en el tiempo ni con los materiales humanos que operan en función del tiempo.

A pesar de todas las presiones que han actuado sobre los países de la Europa oriental en el reciente Congreso del comunismo mundial en Moscú, se ha visto claro que cada país concurrente (aún representado por «hombres de paja») abriga una firme conciencia de su personalidad histórica y cultural y religiosa y hasta económica. Ningún polaco se avendrá pura y simplemente a declinarse como ruso. Ni ningún checoslovaco, ni ningún rumano, ni ningún húngaro, ni ningún alemán oriental. Y desde luego, ningún yugoslavo, ni ningún albanés, los cuales ni siquiera se han dignado enviar observadores a dicho Congreso. Todo el esfuerzo llevado a cabo por Brezhnev para homogeneizar las decisiones del Congreso han chocado con la expresa o tácita resistencia de algunas delegaciones de la Europa del Este. Asombra comprobar la falta de sentido político de que Rusia está dando pruebas en su trato con los países satélites. Ha podido aplastar militarmente la rebelión en Hungría y en Checoslovaquia, pero ha fracasado en el propósito de atraerse a esos pueblos y se ve obligada a mantenerlos a raya por medio de una dictadura encarnada en unos cientos de hombres teledirigidos desde el Kremlin que carecen del sentido de patria o, mejor dicho, que se han echado a la espalda el concepto de la dignidad propia. Por muy comunista que sea un europeo, si tiene dignidad se resistirá siempre a declinarse por las desinencias que Rusia le imponga. Es el caso de Yugoslavia, que ha podido salir adelante con su rebeldía, gracias a su situación geopolítica y a la ayuda masiva de los Estados Unidos. Soy de los que creen sinceramente que lo mismo hubieran podido hacer con sus respectivas revoluciones Hungría y Checoslovaquia si los Estados Unidos y la Europa Occidental hubieran tenido la agilidad de reflejos políticos que les permitiera haberle hecho a Rusia desistir de su agresión. Pero ni Eisenhower en la rebelión húngara de 1956 ni Johnson en la rebelión checoslovaca de 1968 fueron capaces de lo que fue el vituperado presidente Truman cuando atacó a Rusia en su «ultimátum»: a Turquía (para arrebatarle las provincias orientales del Cáucaso) y en su propósito de convertir a Grecia en otro país satélite. Rusia no se hubiera expuesto a un choque

bélico directo con los Estados Unidos y la Europa Occidental si en 1956 y en 1968 los respectivos presidentes de los Estados Unidos y los jefes de gobierno eurooccidentales le hubieran conminado a detenerse. He aquí uno de los grandes fallos de la política occidental en los últimos decenios.

*Es preciso negociar y negociar.*

¿Qué cabe hacer para que la conciencia de autonomía de la Europa del Este siga actuando con todos sus resortes? Creo que a través de las negociaciones tenaces entre el Este y el Oeste será posible el logro de la mutua inteligencia. Pero en la negociación no puede el mundo libre dar señales de perplejidad o desunión básica. Amenazada Rusia por su espalda por casi ochocientos millones de chinos, los políticos de Moscú no tendrán más remedio que carearse hacia Occidente. Y para ello deberán abandonar la rigidez de su sistema, promoviendo a las altas esferas del poder hombres de las nuevas generaciones humanas que sean capaces de comprender al mundo occidental y llegar a un acuerdo con él. Y naturalmente ese acuerdo tendría que ser sobre la base de una auténtica liberación de los «países satélites» de la Europa del Este. No pienso que esto se pueda lograr en pocos años, pero por ley de vida habrán desaparecido dentro de un cuarto de siglo, a uno y otro lado del telón, los dirigentes políticos que hoy se están comportando en sus dificultosos diálogos con la idea preconcebida de que los sistemas son mutuamente inconvertibles. Pero los dirigentes de mañana habrán evolucionado mucho en su mentalidad y comprenderán que es posible y deseable y necesaria la cooperación recíproca. Y que para que exista cooperación es imprescindible que cada factor de ella sea dueño de su ámbito de libertad. El ámbito de libertad precisamente es el nuevo concepto que en el futuro sustituirá, según me parece, al viejo concepto de patria y de conciencia nacional, concebido al estilo burgués que nos viene de la Revolución francesa de 1789 y al concepto horizontal de clase que emerge del manifiesto de Marx, de 1848. En la sociedad industrializada y de grandes cosmópolis resultará imposible la libertad individual que los anarquistas (y aún ciertos moralistas escolásticos) anteponen a la libertad colectiva o socialidad que se mueve dentro de un sistema de normas.

*La libertad posible en el futuro.*

La libertad del futuro del hombre será posible solamente en grandes ámbitos políticos, pues de otro modo estaría condicionada por la imposibilidad material de realizarse. Somos dueños de nuestros destinos individuales, ya hoy, en función de la armonía que guardemos con los destinos de nuestros prójimos colectivos. Porque libertad es, en resumidas cuentas, socialidad. Y conciencia nacional es inserción de los individuos en un sistema de socialidad libre. Y socialidad libre es la que brota de un ámbito de aspiraciones comunes, de imperativos históricos comunes, de necesidades reales comunes, de apetencias e ideales comunes. Para los hoy ciudadanos de las varias Europas y Para-Europas que recelosamente se observan y quizá se hostigan, aun a sabiendas de que se fundan y arraigan en el subsuelo de un patrimonio histórico común y que necesitan unas de otras (porque son partes del mismo ámbito geoeconómico, geoestratégico y geopolítico), no cabrá en el siglo XXI una libertad plena en cuanto tales ciudadanos, si no la pueden desenvolver en la continentalidad o ámbito de la Macro-Europa. Y esta Macro-Europa habrá de tener en el Mediterráneo el corazón impulsor de su compleja dinámica.

BARTOLOMÉ MOSTAZA



EUROPA ANTE SU PROPIO DESTINO

CUADRO NUMERO 1

LA EUROPA DEL M. E. C.

PAISES	Kms. <sup>2</sup> EXTENSION	POBLACION
Bélgica ... ..	30.513	9.528.000
Francia ... ..	543.998	49.400.000
Holanda ... ..	36.152	12.455.000
Italia ... ..	301.249	51.962.000
Luxemburgo ... ..	2.586	335.000
República Federal Alemana ... ..	248.546	59.676.000
<b>TOTALES ... ..</b>	<b>1.163.044</b>	<b>183.356.000</b>

CUADRO NUMERO 2

LA EUROPA DE LA A. L. C.

PAISES	EXTENSION Kms. <sup>2</sup>	POBLACION
Austria ... ..	83.849	7.290.000
Dinamarca ... ..	44.465	4.834.000
Noruega ... ..	386.641	3.756.000
Portugal ... ..	91.641	9.335.000
Reino Unido ... ..	244.813	54.909.000
Suecia ... ..	449.750	7.808.000
Suiza ... ..	41.288	5.999.000
<b>TOTALES ... ..</b>	<b>1.342.447</b>	<b>93.931.000</b>



## LA EUROPA PERIFERICA (no comprometida)

PAISES	EXTENSION Kms. <sup>2</sup>	POBLACION
Andorra ... ..	453	14.000
Chipre ... ..	9.251	603.000
España ... ..	504.750	32.140.000
Finlandia ... ..	337.032	4.637.000
Grecia ... ..	131.944	8.614.000
Irlanda ... ..	70.280	2.884.000
Islandia ... ..	102.828	196.000
Liechtenstein ... ..	160	20.000
Malta ... ..	316	317.000
Mónaco ... ..	1,5	23.000
San Marino ... ..	60,6	18.000
Turquía europea ... ..	24.011	2.720.000
Yugoslavia ... ..	255.804	19.735.000
<b>TOTALES ... ..</b>	<b>1.436.891,1</b>	<b>71.921.000</b>

## LA EUROPA DEL C. O. M. E. C. O. N. (excepto Rusia)

PAISES	EXTENSION Kms. <sup>2</sup>	POBLACION
Bulgaria ... ..	110.912	8.257.000
Checoslovaquia ... ..	127.869	14.240.000
Hungría ... ..	93.030	10.179.000
Polonia ... ..	311.730	31.698.000
República Popular Alemana ... ..	108.174	17.067.000
Rumania ... ..	237.500	19.143.000
<b>TOTALES ... ..</b>	<b>989.215</b>	<b>100.584.000</b>

NOTA.—Albania y Yugoslavia quedan fuera del bloque, aun siendo comunistas, pero disidentes de la subordinación a Moscú.

NOTA.—En estos cuadros conviene tener en cuenta las siguientes advertencias:

1.<sup>a</sup> Están asociadas al M. E. C.: Grecia (año 1962), Turquía (año 1964), Las Antillas holandesas, Burundi, Camerún, República Centroafricana, Chad, Comoro, Congo-Brazzaville, Congo-Kinshasa, Dahomey, Gabón, Guinea, Madagascar, Mauritania, Níger, Nueva Caledonia, Polinesia francesa, Saint Pierre y Miquelon, Sudán, Surinam. Territorios australes y antárticos franceses, Togo, Alto Volta.

2.<sup>a</sup> A la Asociación de Libre Comercio está asociada Finlandia (año 1961).

3.<sup>a</sup> Al C. O. M. E. C. O. N. pertenece Mongolia. En cambio, rompió con él, en 1962, Albania (que gira como satélite de Pekín).

4.<sup>a</sup> De España forma parte, como provincia con régimen especial, un extenso territorio sahariano atlántico de 266.000 kilómetros cuadrados y unos 30.000 habitantes de derecho, cuya capital es el Aayun.

EUROPA ANTE SU PROPIO DESTINO

CUADRO NUMERO 5

PARA-EUROPA NUMERO 1

PAISES	EXTENSION Kms. <sup>2</sup>	POBLACION
Arabia Saudí	2.253.300	6.870.000
Bahrein	598	193.000
Gaza	378	440.000
Irak	434.000	8.338.000
Irán	1.648.000	25.283.000
Israel	20.700	2.629.000
Jordania	97.740	2.059.000
Kuwait	15.540	491.000
Libano	10.400	2.460.000
Omán	212.379	565.000
Qatar	22.014	71.000
Sinaí	58.824	50.000
Siria	185.180	5.400.000
Trucial (Costa Piratas)	83.600	130.000
Turquía (asiática)	756.565	29.190.000
Yemen (Arabia feliz)	195.000	5.000.000
Yemen Meridional	284.056	1.146.000
<b>TOTALES</b>	<b>6.278.274</b>	<b>90.315.000</b>

CUADRO NUMERO 6

PARA-EUROPA NUMERO 2

PAISES	EXTENSION Kms. <sup>2</sup>	POBLACION
Argelia	2.300.980	12.148.000
Egipto	942.798	30.147.000
Libia	1.759.540	1.090.000
Marruecos	444.000	13.725.000
Mauritania	1.030.700	1.070.000
Tunicia	164.150	4.460.000
<b>TOTALES</b>	<b>6.642.168</b>	<b>62.640.000</b>

CUADRO NUMERO 7

PRODUCCION DE PETROLEO EN LA PARA-EUROPA  
DE ASIA MENOR (año 1967)

PAISES	TONELADAS
Arabia Saudí .....	128.928.000
Bahrein .....	3.468.000
Irán .....	128.760.000
Kuwait .....	115.212.000
Irak .....	60.168.000
Omán .....	2.556.000
Qatar .....	15.480.000
Trucial (Costa Piratas) .....	18.972.000
<b>TOTALES .....</b>	<b>473.544.000</b>

CUADRO NUMERO 8

PRODUCCION DE PETROLEO EN LA PARA-EUROPA  
NORTEAFRICANA (año 1967)

PAISES	TONELADAS
Argelia .....	38.376.000
Egipto .....	5.712.000
Libia .....	83.112.000
<b>TOTALES .....</b>	<b>127.200.000</b>